

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS

ANALES DE ANTROPOLOGÍA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
VOLUMEN XXXII MÉXICO 1995

LUIS GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, ERUDITO ANTROPÓLOGO, HOMBRE GENEROSO (1924-1998)

Es difícil hablar del antropólogo Luis González Rodríguez, de su erudición, de sus méritos académicos, sin hacer referencia al mismo tiempo a la sencillez de su persona, a sus nobles sentimientos, carácter afable, dinamismo, generosidad. Gran conocedor de la historia y la cultura de los indígenas de la Tarahumara, solía recordar que su interés por el estudio de esos pueblos resultó originalmente de una inclinación afectiva.

Nacido en la ciudad de México en el año de 1924, Luis González ingresó en la Compañía de Jesús cuando era aún adolescente. Estuvo en varios de los seminarios de la compañía, entre ellos el de Moctezuma, Nuevo México, y a los 21 años tuvo la oportunidad de empezar a trabajar con la población rarámuri en calidad de profesor de estudios primarios. Integrado a la misión jesuita cuya sede se encontraba en el pueblo de Sisoguichi, de 1945 a 1949 ejerció su elemental magisterio en distintos lugares de la sierra, lo que le permitió conocer de una manera directa las costumbres, lengua, creencias y problemas de vida de los pueblos serranos.

Hizo desde entonces estrecha amistad con un tarahumar de Norogachi, Erasmo Palma, quien, al mismo tiempo que aprendía el español con Luis González, le enseñaba la lengua tarahumar y lo ponía así en contacto con el vasto y fascinante universo simbólico, pues poco a poco le fue informando sobre las construcciones verbales comunes, pero también sobre las connotaciones esotéricas de algunas expresiones y el doble sentido de ciertos vocablos. El conocimiento adquirido le permitió a Luis publicar en 1950 la *Síntesis de gramática rarámuri* y en 1952 el *Diccionario tarahumar castellano*.

En 1949, Luis tuvo que salir de la sierra para continuar preparándose profesionalmente, pero eran tales los lazos afectivos trabados con sus amigos tarahumares que sintió aquella salida como un desprendimiento. En su edad madura, Luis González aún se conmovía al recordar que cierta vez sufrió un grave accidente en un lugar casi inaccesible de la sierra, y la gente de la comunidad indígena con la que trabajaba aportó sangre para las transfusiones

que se le hicieron, gracias a las cuales pudo salvar la vida. “Vivo –decía– porque recibí sangre de tarahumar”.

Como miembro de la Compañía de Jesús tenía la obligación de seguir preparándose posteriormente: a raíz de su estancia en la sierra había decidido hacer sus estudios de posgrado en antropología, pues pensaba que de ese modo estaría mejor capacitado para trabajar de nuevo con los tarahumares o con otros grupos indígenas. Así, pasó primero a la Universidad de Loyola, en Los Ángeles, donde en 1950 obtuvo su maestría en artes; luego ingresó a la Universidad de Lovaina, Bélgica, y en 1956 terminó una licenciatura en teología: finalmente, gracias a una beca otorgada por el gobierno francés, se matriculó en la Universidad de París (Sorbonne), en la que estudió bajo la guía del doctor Guy Stresser Pean, y en 1962 obtuvo el grado de doctor en antropología, con la tesis titulada *Révoltes des Indiens Tarahumars (1626-1724). La chronique de Joseph Neuman*; la cual, por cierto, mereció más tarde, en 1969, ser publicada por el Institut des Hautes Études de la Amerique Latine, de París.

De regreso en México se desempeñó como profesor en la Escuela de Antropología Social de la Universidad Iberoamericana, de la cual luego fue director. En 1969 dejó estas actividades académicas para laborar de tiempo completo en el Centro Nacional de Ayuda a las Misiones indígenas (CENAMI), institución en la que trabajó durante cinco años. Finalmente, al desincorporarse de la Compañía de Jesús, ingreso como investigador a la Universidad Nacional Autónoma de México, adscrito al Instituto de Investigaciones Antropológicas.

Si su vocación más fuerte fue hacia la antropología social, la antropología de servicio, estuvo convencido de que sería más efectiva la labor del antropólogo cuanto más conociera la cultura y la índole de los grupos humanos a los que pretendía servir. Por eso fue un incansable estudioso de libros y documentos, por ello aprovechó las oportunidades que tuvo de viajar por el país o en el extranjero para visitar bibliotecas y archivos, siempre en busca de los testimonios más auténticos, raros o desconocidos sobre labores misioneras de los padres jesuitas o acerca de la historia y la cultura de los pueblos indígenas, particularmente de los del noroeste de México. El trabajo de archivo fue algo así como una extensión de su trabajo de campo. Muy útil le resultó para todo el conocimiento que tuvo de varias lenguas, tanto indígenas como europeas. Las que más llegó a dominar fueron: tarahumar, inglés, francés, alemán, italiano, portugués, holandés, flamenco, latín y griego.

La obra publicada de Luis González Rodríguez está dedicada básicamente a la edición puntual y crítica de la documentación histórica, sobre todo de aquella que ofrece información etnográfica. Entre sus libros de carácter

histórico-antropológico son de mencionarse: *Etnología y misión en la Pimería Alta, 1715-1740*; *Tarahumara: la sierra y el hombre*; *Crónicas de la sierra Tarahumara*; *El noroeste Estrellas. Historia y etnografía colonial de cuatro pueblos norteños*, este último actualmente en prensa.

La persona y la obra de Luis González Rodríguez fueron merecedoras de muchas y muy valiosas distinciones; particularmente significativas fueron la condecoración de Chevalier dans l'Ordre des Palmes Académiques, que en 1980 le otorgó el gobierno francés, y el Premio Nacional de Ciencias y Artes, que le fue concedido por el gobierno de México en 1992; en 1985 ingresó al Sistema Nacional de Investigadores y al tiempo de su fallecimiento era investigador nacional de nivel III.

Luis González Rodríguez fue un investigador infatigable, que no abandonó sus libros, papeles y reflexiones ni siquiera cuando una imbatible enfermedad lo mantuvo largamente postrado. Su prolongada pero no infecunda agonía terminó en las primeras horas del pasado 19 de enero.

Nos ha dejado sus enseñanzas, escritos, saber erudito, sus muchas y valiosas referencias bibliográficas y documentales, pero, sobre todo, nos ha dejado su ejemplo como hombre identificado con sus hermanos indígenas, que sólo quiso saber algo más de ellos para servirlos mejor siempre que pudiera hacerlo. Un sacerdote católico de origen zapoteca, Eleazar López, discípulo y amigo de Luis González, escribió luego de que “lo sembramos en la Madre Tierra”:

Ta Luis,
 ...fuiste de los primeros en la Iglesia
 en creer, como Jesús, que Lázaro,
 el amigo indígena,
 no estaba muerto sino dormido
 y que había que despertarlo
 con servicio pastoral respetuoso,
 que reconociera el valor y la importancia
 de su realidad específica cultural.
 ...tú nos ayudaste a los sacerdotes indígenas
 a descubrir con el corazón y con las ciencias
 la presencia de nuestro pueblo.

Ignacio del Río